



Los Santos Patronos

Por Mario Parajón

Prometí unos artículos sobre el Patronato de Teatro en vista de varias peticiones que me llegaron. Yo era un niño —casi un niño— cuando supe que iniciaba sus actividades en el *América*, un cine que por entonces gozaba de un prestigio especial. Se inauguró al filo de la década del cuarenta, era grande, estaba situado en el corazón de la capital, le funcionaba de maravilla el aire acondicionado, que por entonces constituía una novedad, y se hablaba de lo mullido de sus butacas, cuya manera de hundirse dulcemente contrastaba con la de su hermano pobre, el Radio-Cine. Los otros dos cines de prestigio en la que llamábamos Habana Vieja eran el *Encanto* y el *Payret*. El Encanto se remontaba a los primeros años de la república y su arquitecto se había esmerado en crearle un piso alto decorado con tapices, butacas y algún canapé donde se hicieron algunos noviazgos famosos y hasta llegó a engendrar algún niño.

La primera obra que puso el Patronato fue *Liliom* del húngaro Molnar. Yo no fui, pero mis padres sí asistieron, de manera que mi memoria lo que ha registrado es la imagen de don Saturnino Mario, delgado y siempre con gafas, metiéndose dentro de su smoking y protestando de que fuera necesaria esa etiqueta para ver una obra de teatro. Todavía creo que le oigo decir: —¡Deja que me encuentre a Baralt! ¡Seguro que se lo digo! Mi madre sabía muy bien que esos estallidos suyos eran pasajeros y que a la media hora se acomodaba a la rigidez del smoking y saludaba cordialísimamente a don Luis Baralt en el entreacto de la obra. Pero a mi me divertía muchísimo el furor instantáneo de mi padre, quizá porque era cuando mejor le adivinaba la bondad, así que le dije en voz alta: —¡Arriba, viejo! ¡Armale la bronca a Baralt! El se echó a reír con su percha y su pantalón en la mano, pero a doña Emelina no le hizo gracia el chiste. —¡Ves como le das pie para sus gracias? Don Saturnino hizo silencio y me dirigió una mirada cómplice que a lo largo de los años me aprendí de memoria y cuya traducción al español era: —Piérdete, niño... lo cual me apresuré a realizar.

Quede constancia de que el estreno de *Liliom* en el Patronato del Teatro fue todo un acontecimiento en la ciudad. Se dijo que la obra era innovadora, maravillosa, ininteligible, pedante, inaguantable, estupenda, magnífica, estúpida y genial. Se entonaron loas al teatro de los hermanos Alvarez Quintero, a la *Canción de Cuna* de Martínez Sierra y *Doña Diabla* interpretada por doña Eugenia Zúfoli. ¿Habría sido capaz Margarita Xirgu de montar algo así como *Liliom*? Las opiniones estaban divididas. Un domingo al mediodía me escondí en la sala de mi casa para oír una discusión que tenía lugar en el portal. Mi tía Uldarica Mañas, recién llegada de New York, había visto en Broadway un drama de corte tan avanzado como *Liliom* y le aseguraba a su amigo José Antonio Ajuria, al que le decían Totoño, que eso era teatro de verdad y no muchas de las tonterías exhibidas. Totoño era gran admirador de Uldarica y le encantaba que ella sentara cátedra. Uldarica había escrito un libro de versos titulado *Tu* y se peinaba enrollándose la cabellera en dos círculos para mi fascinantes que le cubrían las orejas. Yo pasé el sarampión, las chinias y no sé qué otra de esas enfermedades infantiles, dedicado a desenrollarle las trenzas a Uldarica mientras ella, con santa paciencia, le narraba a mi madre lo sucedido en algún acto cultural.

Porque eso estaba terriblemente presente en aquella Habana ingenua de los años treinta y cuarenta: cierto sector de la burguesía y la clase media descubrió la cultura, leyó la María Antonieta de Zweig, se entretuvo con las biografías de Emil Ludwig, asistió al estreno de una película de la que habló muchísimo, *María Elena Flor de Fuego*; se conmovió con Fred Astaire y Ginger Rogers; conoció el Romancero Gitano de Federico García Lorca y asistió a docenas de conferencias. Matrimonios jóvenes empezaron a decorar sus casas queriendo ser originales y encontrar el gusto propio. Había buenas firmas en los periódicos, se recitaban los versos de Nicolás Guillén, de Florit, de Ballagas y algunas veces de Tallet. Y en medio de tal ambiente se fundó el Patronato del Teatro rompiendo con la tradición de la co-

media vernácula española y del folletín de factura parecida.

No sé si Baldomero Grau Triana fue su primer presidente o si ocupó su alto cargo al poco tiempo de fundado el Patronato. Lo que sí me consta es que hay que dedicarle su buen párrafo si se pretende hacer justicia. Era de mediana estatura, muy sonriente, sentimental, cordialísimo, feo hasta decir no más, y muy ingenioso. Vivía contando sus días, consciente hasta el fondo de su corazón de que había nacido para ser joven y de que era atroz que la juventud pasara. Contaba con entonación de filósofo un episodio inolvidable de su juventud.

Se hallaba una vez en un restorán del puerto donde servían mariscos suculentos junto a unos amigos. Pidieron unos cangrejos recién traídos de la costa, vivos aún, y se instalaron en un reservado. Dejaron la puerta abierta para que el camarero trajera una mesa más grande que la de allí. Pasó un viejecito en dirección a la salida, se volvió a ellos entablaron una conversación y el viejecito se apoyó en la mesa recién traída por el camarero, les miró a los ojos —era una mirada inolvidable para Baldomero, dulce y azul-, y les dijo que no perdieran un minuto de la vida, que no pelearan, que buscaran la Belleza y no se cansaran de contemplarla y que aprendieran a valorar un mantel reluciente, un cangrejo fresco, una botella de vino y unos amigos rebosantes de cariño, de entusiasmo y de proyectos.

No hay mejor manera de retratar a Baldomero que presentarlo como quien asimiló a la perfección las lecciones del viejecito inolvidable. Y como el teatro requiere tipos así: alegres, soñadores, joviales y un poco pícaros, fue la energía suya la que recibió el Patronato naciente para comenzar su andadura. El dijo después que sus años en la presidencia de aquella institución constituyeron el "siglo de oro de su vida". (Continuará).

Apartado 17
28370 Chinchón, Madrid